

LA SALVACIÓN DE CRISTO EN EL MISTERIO ENFERMEDAD - MUERTE

La Constitución Apostólica *Sacram unctionem infirmorum*, recientemente promulgada afirma:

“La sagrada unción de los enfermos, tal como lo reconoce y enseña la Iglesia católica, es uno de los siete sacramentos del Nuevo Testamento, instituidos por Jesucristo nuestro Señor, ‘esbozado ya en el Evangelio de Marcos’ (*Mc* 6,13), recomendado a los fieles y promulgado por el apóstol Santiago, hermano del Señor. ‘¿Está enfermo –dice él– alguno entre vosotros? Mande llamar a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él y lo unjan con el óleo en el nombre del Señor; y la oración de la fe salvará al enfermo y el Señor lo aliviará, y los pecados que hubiese cometido le serán perdonados’ (*St* 5,14-15)”.

El sacramento aparece ubicado en el contexto de un misterio de salvación-liberación y pecado-muerte que afecta a todo el hombre dentro de la comunidad eclesial.

Desde una perspectiva bíblica podemos considerar el binomio enfermedad-muerte bajo tres aspectos:

a. Condición normal del hombre

En los textos bíblicos más antiguos aparecen la enfermedad y la muerte como integrantes de la condición normal del hombre, es “el camino de todo el mundo” (*Jos* 23,14; cf. *Dt* 31,16). El pensamiento bíblico es completamente extraño a nuestras distinciones filosóficas entre un alma espiritual, inmortal y un cuerpo humano material destinado a la desaparición. Lo que muere es indistintamente el alma (*nefesh*) o la carne (*basar*), es decir, enferma y muera todo el hombre y tendríamos que agregar: la vida futura alcanza también a todo el hombre.

La enfermedad y la muerte ponen de relieve una triple solidaridad.

–Solidaridad del alma y del cuerpo.

La enfermedad desmiente categóricamente la distinción cartesiana entre mecanismo corporal y espíritu y nos muestra que una única alma asume las funciones de la vida vegetativa, sensitiva y racional antes de abrirse a la vida sobrenatural bajo la acción de la gracia divina. Por esto la enfermedad tiene influencia notable sobre la vida moral y religiosa

Para santo Tomás el cuerpo fundamenta una cierta plenitud del alma y en cambio, un organismo enfermo impide el libre desarrollo del espíritu. Sin embargo, debemos tener en cuenta que el espíritu permanece trascendente al cuerpo y según la frase de Claudel, es más fuerte que él. “El espíritu del hombre puede soportar la enfermedad, pero al espíritu abatido ¿quién lo levantará?” (*Pr* 18,17). “Yo” no me identifico con “mi cuerpo” sino que lo poseo.

–Solidaridad del hombre y el cosmos.

Ya san Pablo en la carta a los romanos, ha señalado esa solidaridad del hombre que gime esperando la redención de su cuerpo con el universo que siente dolores de parto. Y es la enfermedad la que, de una manera muy clara denuncia esta solidaridad. La enfermedad, además de ser natural a la vida del hombre por ser corporal, es una manifestación del mal del mundo.

–Solidaridad del hombre con su ambiente.

La enfermedad, al sacarnos de nuestro ambiente habitual pone de relieve nuestra solidaridad con él, la red de influencias recíprocas y de mutuos condicionamientos. La enfermedad por una parte nos segrega y por otra neutraliza las diferencias de clase social, de fortuna, de cultura, de sexo, de edad y crea una simpatía entre todos los enfermos formando una especie de “categoría social” en la que es necesario dar un sentido nuevo a las nociones de utilidad, de eficacia, de relación. Además la enfermedad crea nuevas formas de relación entre los que la padecen y los hombres sanos.

b. La enfermedad como consecuencia del pecado

Volviendo a nuestra perspectiva bíblica, observamos que, en un segundo estadio de la Revelación aparecen la enfermedad y la muerte ligadas a la conducta libre del hombre y a los conceptos de retribución y castigo. En el Deuteronomio y la literatura sapiencial, salud y larga vida son el premio de la fidelidad a Dios (cf. por ej. *Dt 5,32-33*); la enfermedad y la muerte son castigos para quienes se apartan de sus mandamientos (pensemos por ejemplo en los argumentos de los amigos de Job). Pero dado que la realidad desmiente este planteo simplista y ligando la concepción moral a la idea anterior de que la enfermedad y la muerte pertenecen a la condición de todos los hombres, aparece la noción de una falta primitiva universal: todos los hombres han pecado en Adán, por eso todos están sometidos a la enfermedad y a la muerte.

Esto nos lleva a considerar la relación que existe entre enfermedad y libertad. La enfermedad, como secuela del pecado, manifiesta de manera clara nuestra servidumbre. La enfermedad limita la libertad humana substrayendo en mayor o menor grado el equilibrio del cuerpo y su actividad a la plena conducción del espíritu libre. La enfermedad es una especie de violencia que ataca todo el ser del hombre por medio de su cuerpo; pero es necesario tener en cuenta que si bien la enfermedad restringe la libertad en el plano físico y a veces en el psíquico e intelectual, de ningún modo la destruye, más aún, cuanto más difíciles son las condiciones de la libertad, más necesario se torna su ejercicio, especialmente en el plano moral y en el de la vida sobrenatural.

Frente a la enfermedad se puede adoptar una doble actitud negativa: rechazarla por una negación de lo real o entregarse a ella sin lucha. Las exigencias de nuestra libertad nos llevarán en cambio a una síntesis positiva de rechazo y aceptación. Por el primero combatimos en nosotros el mal del mundo, por la segunda, alcanzamos la paz.

e. La visión del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento recoge la idea de que la enfermedad y la muerte son consecuencia del pecado. Así lo prueba el caso de los numerosos endemoniados del Evangelio y las palabras de Jesús en *Jn 5,14* y *Lc 13,1-5*. Pero afirma también claramente que esa relación no siempre es directa, como por ejemplo en el caso del ciego de nacimiento (*Jn 9,2-3*). Jesús pone de manifiesto y ratifica su misión salvífica por medio de signos. Las múltiples curaciones que nos relatan los Evangelios tienden a mostrar su dominio sobre la enfermedad y los demonios y su poder de perdonar los pecados personales y de destruir el “pecado del mundo”. La enfermedad del cristiano puede adquirir un valor de comunión y de redención (*Col 1,24*). Se da la paradoja de que cuando somos débiles, entonces somos fuertes (*2 Co 12,9-10*) y aunque el hombre exterior se halle en ruinas, el hombre interior se renueva de día en día, como dice san Pablo (*2 Co 4,16*).

Todo esto se da en la Iglesia de una manera sacramental y la relación muerte-vida que ya aparece en el Bautismo, adquiere su significación más vivencial en el sacramento de la Unción.

El sacramento de los enfermos une la unción con óleo a la “oración de la fe” como la llama Santiago. La fe es indispensable para la curación-salvación. Si recorremos el Evangelio vemos que ella es condición necesaria para los milagros de Jesús: “Que te suceda según tu fe” (*Mt* 8,13), “Tu fe te ha salvado” (*Mt* 9,22), “¿Crees que puedo hacer esto?” (*Mt* 9,28), “Mujer, grande es tu fe” (*Mt* 15,28).

La unción ha tenido siempre un sentido medicinal (cf. *Mc* 6,13; *Lc* 10,34) pero es también el signo de la elección para una vida regia y sacerdotal (cf. *Lv* 8,12; *I S* 10,1), “para ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo” (*I P* 2,5). La enfermedad es un momento privilegiado de esta “liturgia” espiritual. (Notemos que, siendo “espiritual”, nuestro cuerpo participa plenamente en ella).

Las oraciones del ritual piden que Dios cure las heridas, sane al enfermo y perdone sus pecados. Así “la oración de la fe salvará al enfermo y el Señor le levantará” La curación del cuerpo cuando es conveniente para la salvación del enfermo, se realiza por el fortalecimiento de las fuerzas del espíritu, acrecentando la vida divina y proporcionando las ayudas necesarias para esta situación concreta.

La enfermedad es un mal y las consideraciones piadosas de muchos cristianos sanos producen generalmente un efecto negativo en aquellos que están agobiados por la debilidad y el dolor. El enfermo debe luchar contra ella no solo, aunque también, con los recursos de la ciencia médica, sino actuando plenamente su libertad. Los salmos nos muestran cómo el hombre enfermo es por lo general un marginado, se lo considera un inútil, se lo olvida como a los muertos (cf. *Salmos* 31, 38, 41, etc.). Esto puede llevarlo a replegarse sobre sí mismo y a aislarse de la sociedad de los hombres a medida que el cuerpo pierde su autonomía.

San Benito en su Regla pide reiteradas veces que se trate a los enfermos como al mismo Cristo, que no padezcan ninguna negligencia. Tanto el abad como el mayordomo y los servidores deben tener especial cuidado de ellos (RB 31 y 38). Pero al mismo tiempo los enfermos deben considerar que se los sirve en honor de Cristo y no deben contristar a los que los cuidan. Esta indicación no es superflua ya que además de la falta de control sobre sí mismo que puede producir la enfermedad, el sentimiento de inferioridad y de impotencia puede muy bien transformarse en resentimiento, en una necesidad tiránica de ser atendido y considerado.

La enfermedad es un mal, dijimos, pero sería preferible afirmar: la enfermedad es una realidad ambigua. Ella puede apartarnos de Dios y de nuestros hermanos, volvernlos exigentes, egoístas, agriados, pero también puede proporcionarnos la oportunidad de dar un gran paso hacia nuestra plenificación en Cristo. El enfermo puede hacerse más captativo o más oblativo.

Necesariamente llega el momento en que el enfermo descubre y debe aceptar sus limitaciones, su contingencia y esto puede conducirlo a una experiencia de desapropiación de sí mismo, a una apertura a la humildad, a una atención a los verdaderos problemas y a una concepción del mundo que está más allá de las explicaciones racionales, que se interna en el misterio de una Voluntad que nos desborda. De una monotonía intolerable de las horas y los días puede llegar al descubrimiento del mundo del espíritu, cuyo paisaje infinitamente rico hace que las mismas cosas y los mismos seres tengan cada día un rostro nuevo y distinto.

La enfermedad nos sitúa en una esfera donde se experimenta la ruptura con el mundo de la actividad, que nos abre a la esperanza y a la contemplación interior y nos hace participar por la paciencia en los sufrimientos de Cristo (RB Prólogo) y así la enfermedad adquiere un sentido eclesial. El Papa Pablo VI en una alocución a la Fraternidad Católica de los enfermos y “minusválidos” les dice: “Ante nuestros ojos os presentáis con el aspecto de Cristo sufriente,

mientras que en vuestros corazones brilla ya la luz de Cristo resucitado. Sí, en la Iglesia vosotros sois los pobres de salud que tenéis necesidad de la ayuda de vuestros hermanos sanos; pero vosotros enriquecéis a estos hermanos porque les recordáis lo esencial: la esperanza y el amor”⁵⁷⁸.

LA CRUZ DE CRISTO

El rito de la santa Unción, después de las oraciones, en todas las cuales se pide la curación del alma y del cuerpo, prevé una exhortación final en la que se nos recuerda que “si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, morimos para el Señor” (*Rm* 14,8). Es decir que este sacramento no solo tiene como fin devolver y fortalecer la vida sino que es también una preparación para la muerte.

A partir de la Edad Media se acentuó cada vez más el carácter de sacramento de los moribundos de la santa Unción y el Concilio Vaticano II tuvo que recordarnos que: “La ‘Extremaunción’ que también y mejor puede llamarse ‘Unción de los enfermos’ no es solo el sacramento de quienes se encuentran en los últimos momentos de su vida. Por tanto, el tiempo oportuno para recibirlo comienza cuando el cristiano ya empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez”. Pero bien aclarado esto, podemos decir que los moribundos son quienes más necesitan de este sacramento.

La enfermedad es un hecho de la vida y los límites entre salud y enfermedad son imprecisos. La enfermedad despierta normalmente y estimula todas las fuerzas vitales del hombre. El enfermo es un viviente en alto grado. Sin embargo la enfermedad es también una preparación para la muerte. Al disminuir las fuerzas biológicas nos enfrentamos con la precariedad de nuestra vida y con la dura realidad de la sujeción al pecado. Pero por otra parte se trata de un momento fuerte en la construcción de nuestro ser personal. La muerte se puede sufrir como algo venido de afuera, como el término, quizás deseado, de una situación de debilidad y de sufrimiento; el organismo material se desintegra, se ha llegado al fin. Pero la muerte también puede ser asumida como acto supremo de la vida, como opción definitiva respecto al sistema de valores según el cual vivimos. Como el último acto personal de esa muerte que “ha ido madurando lentamente en nosotros” para llegar a ser “nuestra propia muerte”, conscientes de que, como lo afirma san Ignacio de Antioquía⁵⁷⁹, solo después de la muerte seremos verdaderamente hombres porque hemos sido incorporados a la muerte y resurrección del Hombre-Cristo.

El rechazo de la muerte es un rechazo del crecimiento y de sus exigencias (cf. san Ireneo, *Adv. Haer.* V,38,4)⁵⁸⁰, rechazo de la cruz, porque es en la cruz de Cristo donde la muerte ha sido redimida. Ha dejado de ser el terrible enemigo, “el último que será vencido” para transformarse en “nuestra hermana, la muerte corporal”.

El hombre no elige la enfermedad y la muerte pero puede aceptarlas libremente transformándolas en instrumentos de redención en la medida en que morimos real y definitivamente al pecado recordando que “no es el esfuerzo, ni la resistencia, ni el sufrimiento lo que constituye el mérito, sino solo el amor”⁵⁸¹.

⁵⁷⁸ *Observador Romano*, n. 18, 1972, p. 9.

⁵⁷⁹ *Epístola a los Romanos*, 6.

⁵⁸⁰ “Son completamente irrazonables aquellos que no esperan el tiempo del crecimiento y culpan a Dios de la debilidad de su naturaleza. En su ignorancia de Dios y de sí mismos, estos insaciables e ingratos no quieren ser primero lo que han sido hechos: hombres pasibles; sobrepasando la ley de la condición humana, aún antes de ser hombres, quieren ser semejantes a Dios...”.

⁵⁸¹ F. H. LEPARGNEUR, OP, *Evangelho da Dor*, Ed. Vozes. 1970, p. 62. Este libro del P. Lepargneur nos ha sido muy útil en nuestra reflexión.

Los sacramentos son modos de obrar de Cristo glorificado; en ellos se hace presente su virtud salvífica. El sacramento de la Unción de los enfermos ha sido instituido para la salud del hombre entero y para que este hombre, como el grano de trigo caído en tierra, fructifique en la Iglesia, ya reincorporándose a los que en ella alaban a Dios y sirven a sus hermanos; ya uniendo sus padecimientos y su muerte a la única pasión salvadora de Cristo, tránsito para la verdadera vida, la vida de la Resurrección.

*Monasterio de Santa María, Madre de la Iglesia
Ruta Interbalnearia
Canelones, Uruguay*